

LOS QUE ENCONTRÉ EN EL CAMINO

Por CAMILO GEIS, Pbro.

Doctor JOSÉ M.^a LLOVERA

El Doctor José M.^a Llovera y Tomás es merecedor de un largo capítulo, no ya por su gran personalidad polifacética, que reclama, a voz en grito, que surja su biógrafo, sino, hasta por lo mucho que le traté, desde que le conocí, yo en calidad de alumno, en las aulas de Filosofía del Seminario de Gerona, hasta que le despedí, por última vez, en su entierro salido de la calle de Portaferrissa, de Barcelona.

Ni el paso de los años, ni la pompa de sus hábitos canonicales no nos habían desacostumbrado de decir, hablando de él, el "Pare Llovera". Porque para nosotros, los que habíamos sido alumnos suyos allá en la añorada adolescencia, en las vetustas aulas de nuestro Seminario, sería para siempre el "Pare Llovera", no el Doctor Lloveras, ni el "Canonge Llovera". Y es porque así era llamado cuando le conocimos, en nuestros años mozos. La razón es obvia: muy joven, había entrado en la Orden Carmelitana calzada, de la que había llegado a ser Consultor General, y de la que, más tarde, salió, por motivos de salud. Al salir de ella, se había instalado en una casita, en las afueras de Gerona, donde, por prescripción facultativa, no hacía más que entretenerte con las plantas de su jardín.

Como siempre, cuando un miembro de una Congregación religiosa sale de ella, pretextando motivos de salud, hay quien cree y quien no cree en ellos, y el caso del padre Llovera no podía ser una excepción: su salida suscitó y dio curso, en los medios eclesiástico-intelectuales, a un chiste —un juego de palabras muy jugoso— intraducible al castellano. El padre Miguel d'Esplugues (decían) se propuso modernizar la Orden de los Capuchinos, "i se'n va sortir"; el Padre Llovera se propuso modernizar la Orden de los Carmelitas calzados, "i també se'n va sortir".

Más tarde, rechaza su salud, cuando los médicos le permitieron reanudar su contacto con los libros, el Obispo de Gerona, Doctor Mas, se apresuró a aprovechar sus preciosos servicios en el Seminario de la Diócesis, donde le conoci.

Cualquiera alusión, aunque fuera un poco maliciosa, a su exclaustración, era recibida por él con una bondadosa sonrisa. Incluso, a veces, daba curso a la broma con una ingeniosa respuesta. Si alguien le decía: "Usted sí que debe conocer a fondo la humildad de los frailes...", el concluía: "Un convento puede ser un conjunto de humildades que sumen un gran orgullo". Si se le decía: Háblenos del voto de pobreza...", él contestaba: "Muchas pobrezas juntas pueden sumar una gran riqueza..."

El doctor Llovera es uno de los pocos —y tan pocos!— profesores del Seminario que cuentan en la formación intelectual de nuestras promociones. De él aprendí el trato asiduo con el Diccionario y el gusto de pensar por cuenta propia. ¡Cuánto se lo agradezco! Si no hubiéramos aprendido nada más de él, con esto ya podríamos darnos por satisfechos. Pero es que hubo mucho más. Venía a clase con una gran cartera hinchada de libros y revistas, en diversas lenguas. Leía —traduciendo directamente de otras lenguas, con naturalidad—, comentaba, explicaba, deducía. A veces, apasionándose por un tema, pasaba días y días sin preguntar la lección. Esto, como fácilmente puede comprenderse, nos gustaba enormemente a los alumnos. No siempre le podíamos seguir en su apasionado vuelo por los espacios de las ideas, pero, no todo caía en el vacío.

Bajo su porte, aparentemente frío —a veces, glacial— se ocultaba un corazón que pagaba con creces el amor con el amor. Acortando distancias, dejaba que nos manifestáramos tal como éramos, para mejor conocernos, para mejor "conducirnos". Una vez sospechó que un alumno, mi buen compañero y amigo entrañable, Luis Busquets, del cual ya hablé en la introducción a estas biografías, estaba dibujando mientras él explicaba —no desconocía sus buenas dotes de dibujante—, y le llamó diciendo: "Busquets, què estàs fent..." El alumno se levantó decidido, alentado por la gran confianza que el profesor nos merecía a todos, y le puso el dibujo que estaba haciendo sobre la tarima: era la caricatura del profesor. Y qué caricatura! Un mochuelo con gafas descomunales y con bonete de piramidales puntas. Y era el "Padre Llovera": no había lugar a dudas. Cualquier otro profesor se habría indignado, y, en cambio, él, con una fiesta anglosajona, se limitó a decir, con una sincera sonrisa en los labios: "Que me'n faràs pagar gaire, quan exposis?" Y Busquets volvió a su sitio, tan tranquilamente, y Llovera continuó explicando, más tranquilamente.

Cuando le preguntábamos algo de lo que él no podía darnos cabal razón, no tenía ningún reparo en declarar su ignorancia en aquel asunto, y decía: "En la próxima classe us en parlaré..." Y cuando volvía, ya ampliamente documentado, entonces nos abrumaba con sus explicaciones. Esto no es nada corriente en nuestras latitudes, donde estamos acostumbrados a tener al profesor por un "sabe-lo TODO". Precisamente uno de los días en que yo estaba tomando notas para redactar estas páginas biográficas, Lorenzo Gomis publicó un artículo "El

arte de aprender” (“El Correo Catalán”, 3 de julio de 1962), en el que decía: Por desgracia, los profesores suelen subir al estrado cohibidos por una vieja presión social que les obliga a enseñar todo lo que saben y a ocultar lo que no saben... Se supone además que el profesor tiene que tenerlo todo fresco en la memoria y preparado para salir inmediatamente, sin dudas, vacilaciones, razonamientos, pasos intermedios ni otras ayudas de la memoria y el entendimiento. El resultado es que tiene que hacer más de actor que de autor, cuando su misión es más parecida a la del autor que a la del actor: no está allí para representar y menos fingir que sabe... Se podría decir que habría que ser como un buen entrenador, que pusiera en forma a los chicos y les enseñara la táctica que necesitan para conseguir su propósito.”

En estas interesantes disquisiciones, encuentro retratado a nuestro antiguo maestro.

Al cabo de poco tiempo de haber desfilado, yo y mis compañeros de curso, por sus aulas, obtuvo un canónicato en la Catedral de Barcelona, y allí se trasladó. Y ya no le vi más, hasta que en 1918, yo subía al estrado de los Juegos Florales de Barcelona a recoger, todavía seminarista, mi primer laurel en el torneo literario de la veterana institución. Llovera formaba parte del prestigioso Jurado. Casi instintivamente, lo primero que se me ocurrió, al encontrarme, deslumbrado, en el escenario repleto de personalidades, fue tender la mano a mi antiguo profesor para saludarle, pero él, bruscamente y sin corresponder a mi afectuoso ademán, me dijo, a media voz: “Què fas, que es pensaran que te l’he donat jo?”. Si no me había favorecido en esto —era la primera vez que se enteraba de mis aficiones líricas—, mucho me favoreció en los trámites de mi incardinación a la Diócesis de Barcelona, cuando, en 1929, obtuve, por concurso, el cargo de Organista-Maestro de Capilla de la parroquia arciprestal de Sabadell. Y desde entonces, ya no nos perdimos de vista. Nos veíamos, de vez en cuando, en Sabadell, en casa de su gran amigo Mosén Luis Carreras, y en Barcelona, en la catedral o en su propio domicilio. Por cierto que la amistad con Mosén Carreras estaba revestida de un extraordinario fervor admirativo: aquella admiración que vende los ojos para la visión de los defectos. Compañeros de traducción al catalán del texto griego de la “Sinopsis Evangélica” del P. Lagrange, Llovera presentaba a Carreras —con una cuasi infantil sinceridad— por el principal traductor, cuando todo el mundo estaba convencido de que era al revés. La verdad es que Llovera era el gran conocedor de la lengua original y Carreras era rápido en encontrar soluciones lingüísticas en la traducción al idioma “ad quem”, y que ambos se completaban, se fundían. Fue en Sabadell, en casa de D. Ramón Picart, gran amigo de ambos, que Llovera dio a conocer, en íntima lectura parcial —a la que yo fui invitado— su insuperable traducción de “Les Confessions” de San Agustín, que salía a la luz pública, al cabo de poco tiempo, en 1931, editada por la Casa Gili, de Barcelona. Dicha traducción se agotó, y hoy es una rareza bibliográfica difícil de dar con ella. José Pla, en un artículo dedicado al doctor Llovera, a raíz de su muerte, se lamentaba de que no se hubiera reeditado y decía: “El doctor Llovera será siempre, y ante todo, el traductor de las “Confessions” de San Agustín a nuestra lengua vernácula. El recuerdo de la lectura de un tan famoso libro, indispensable y básica desde todos los puntos de vista, será en todo momento, para nosotros, inseparable de la personalidad que hizo el esfuerzo gigantesco de verterlo a nuestro romance”.

Llovera tenía una memoria prodigiosa. Una vez le encontré en la Rambla de las Flores, no lejos de la parroquia de Belén, y empezo a recitarme la “Il liada” en la versión catalana que entonces estaba él elaborando —adaptación precisa y minuciosa de la métrica original a las posibilidades ritmicas de nuestro idioma— y, sin el más mínimo tropiezo, continuó recitando hasta la estación del ferrocarril de Sabadell, en la Plaza de Cataluña. Ibamos despacio, naturalmente, para mejor saborear —rapsoda y auditor— la traducción. Me acompañó hasta la taquilla, recitando aún. Total, que yo perdi un tren, pero me gané un magnífico recital, puesto que continuó recitando tranquilamente su “Il liada” hasta que vino otro tren. Al lado de estas grandes efusiones de amistad, tenía, a veces, no menos grandes brusquedades. Le encontrabas algún día por la calle y él tenía la cabeza llena de algo que acaparaba su atención, te despedía con un simple “adéu!”, como dando a entender que aquel día no estaba para efusiones. Tal vez en estas periódicas “rauxes” era, únicamente, cuando salía el ampurdanés que había recóndito en sus doctorales andares.

Si a alguien puede llamarse polígrafo es al Canónigo Llovera. Nada lo puede indicar más que una simple nota bibliográfica. Citamos, al azar y con temor de no dar una nota bibliográfica completa: “Tratado elemental de Sociología Cristiana”, “Confessions”, de San Agustín, “Sinopsi Evangélica”, en colaboración con Mosén Luis Carreras, “L’exemplaritat intelectual de Jaume Balmes”, “La ciencia en la acción”, “La seudo unión pancristiana y la verdadera unidad religiosa”, “L’obra integral del pontificat de Benet XV”, “Verdaguer: aspecto sacerdotal de su obra poética”, la traducción “El espíritu santificador”, de Savaresa, “La idea integral del Sacrificio Eucarístico”, interesantísimo estudio, olvidado entre las muchas páginas de la Crónica del Congreso Eucarístico Diocesano de Barcelona, celebrado en 1945, que merecería ser traducido a todas las lenguas cultas... Llovera era también poeta. Tal vez, más que poeta, podríamos decir que era un humanista, pero un gran humanista. A él se deben los inteligentes ensayos de adaptación de la métrica clásica greco-latina al catalán, con las sabias traducciones de Homero, Horacio, Virgilio, Ovidio, Marcial... y con originales composiciones que nos ha dejado, en gran parte inéditas, y muchas, publicadas en periódicos y revistas como: “El Matí”, “La Veu de Catalunya”, “Revista de Poesía”... He dicho que más que poeta, era un humanista, porque pensaba, ante todo, en la “composición”. Además, razonó su ensayo de adaptación de la métrica greco-latina a la lengua de Ausias March en una serie de artículos, publicados en “La Veu de Catalunya”, bajo el común denominador de “Dels ritmes clàssics”, que es lástima que hayan quedado olvidados en las páginas de un periódico.

Precisamente porque pensaba siempre en la “composición” —que por algo era un gran escolástico—, Llovera no improvisaba nunca. Sus traducciones eran de una probidad y de una meticulosidad casi diríamos heroicas. Cuando traducía las “Confessions”, de San Agustín —de esto soy un testigo ocular—, tenía, al lado del texto

original, las traducciones más famosas, de las diversas lenguas que el conocía, siempre a la vista, en su mesa de trabajo. A veces, antes no se decidía a la adopción definitiva de una fórmula lingüística para traducir una palabra o una frase determinadas, compulsaba las antedichas versiones en otras lenguas, consultaba filólogos, provocaba conversaciones determinadas con la gente sencilla, iletrada, para arrancarle de los labios la palabra viva, cuya existencia él presumía o intuía. Recuerdo el esfuerzo que desplegó para encontrar una solución adecuada a la traducción de los conceptos encerrados por San Agustín en las palabras "pulchrum et aptum". Leyendo y releyendo el texto original, llegó a la conclusión que la palabra "apte" no interpretaba exactamente la idea que encerraba el "aptum", de San Agustín. Buscó, preguntó, esperó... Un buen día, recogía, al azar, de labios de una persona sencilla, la palabra adecuada: "escaient". Esta, ésta era la solución. Si él mismo la llevaba dentro: la tenía olvidada en el acervo común del lenguaje materno. Esta meticulosa labor la desplegó a lo largo de toda esta versión —qué digo yo!— de todas sus versiones. No es extraño que la versión de las "Confessions" de San Agustín, llevada a cabo por el Doctor Llovera, sea reputada como la mejor entre las mejores conocidas en todas las lenguas. Lo que es extraño es que quede sin reeditar un libro que José Pla, en el artículo anteriormente citado, calificó de "aportación definitiva a nuestra vida y a nuestro movimiento intelectual".

Por sus nada vulgares cualidades de políglota culto y erudito, le llamaban los Obispos de Barcelona para que les representara en determinadas recepciones de ilustres visitantes extranjeros a la Ciudad Condal. Recordamos el brillante papel desempeñado en la apoteósica recepción del Conte Ciano, en pleno cenit de la popularidad política de este yerno de Mussolini, que tan prematuramente conocería el ocaso, y el no menos brillante representado en la recepción del Mariscal Petain, en su época de Embajador de Francia en España, quien, a no tardar también, conocería la dura adversidad.

Otro gran amigo de Mosén Llovera, después de Mosén Carreras, arriba citado, fue Dom Gregorio Ma. Suñol, el ilustre gregoriano monserratense, de renombre mundial, últimamente honrado por el papa Pio XII con el título de Abad de Santa Cecilia. Cuando éste murió, Llovera se encontraba en lenta convalecencia de grave enfermedad, y se le había ocultado la noticia de la defunción de su gran amigo, con el fin de evitarle una temible emoción. Al salir de los funerales del ilustre Maestro de Música Gregoriana que —dicho sea de paso— había otra vez formado parte del tribunal de mis oposiciones al cargo de Organista-Maestro de Capilla, que aún estoy ejerciendo, pasé a visitar al Doctor Llovera. Tenía yo todavía en la mano el recordatorio exequial del P. Suñol, sin sospechar la ignorancia en que mi viejo Maestro estaba de la defunción de su gran amigo. Mas bien hubiera creido complacerle, dándole cuenta de mi asistencia a unas exequias a las que su precario estado de salud no le había permitido asistir. Como si sospechara algo, con uno de aquellos bruscos gestos tuyos, tan característicos, me arrancó el recordatorio de las manos, diciendo: "Que portes aquí..." Lo leyó, se puso a llorar, y me lo devolvió diciendo: "Ja m'ho pensava!"

No tardó mucho en morir él también, y me asaltó la duda de haberle involuntariamente perjudicado en su moral valetudinaria, al haberle dado a conocer, de manera fulminante, una noticia que, dado su precario estado de salud, sus familiares habían procurado ocultársela, para irselas administrando a pequeñas dosis.

Nacido este gran polígrafo, Maestro de Maestros, en Castelló de Ampurias, el día 17 de diciembre de 1874, moría en Barcelona, el 23 de marzo de 1949.

Mosén VICENTE PIERA

Con Mosén Vicente Piera, nos conocimos en Barcelona, en 1925. Yo era un recién misacantano, que estaba cursando estudios superiores de órgano y armonía en la capital; Mosén Piera residía allí desde poco más de un lustro.

Mosén Vicente Piera y Prats había nacido en Palafrugell, el 8 de marzo de 1885. Estudió el Bachillerato en Gerona y cursó los estudios eclesiásticos en el Seminario de la misma ciudad, donde acabó la carrera en 1909. En la diócesis de Gerona ejerció el cargo de Vicario, sucesivamente, en las parroquias de Riudarenes, Olot y San Feliu de Guixols. Cuando yo fui a San Feliu de Guixols a ejercer el cargo de Organista-Maestro de Capilla de aquella parroquia, ya hacía años que Mosén Riera había pasado por allí, y todavía me hablaban de él en los medios culturales. Al dejar San Feliu de Guixols, fijó su residencia en Palafrugell, donde dirigió una Capilla de Música, que elevó a una extraordinaria perfección. Su ilustre coterráneo, el brillante escritor José Pla, en su libro de recuerdos del Palafrugell de sus años mozos, "Peix fregit", dice al hablar de la música en aquella localidad: "A Palafrugell hi hagué una petita massa coral, molt bona, creada per Mossèn Vicenç Piera i el mestre Amadeu Roig, la qual cantava a l'església la música millor que hom pot imaginar: la música gregoriana i la de Joan Sebastià Bach". Esto, escrito al cabo de muchos años, es un testimonio de un valor inestimable.

Mosén Piera fue un notable poeta y un más que notable hombre de letras, cuyo cultivo alternó con el de la música sagrada.

Muy joven todavía, colaboró en la revista "Vida", de Gerona. Fue un contertulio del cenáculo literario de los Montsalvatge, Palol, Bertrana, Masó, Rahola, Tharrats, Viver...

Destacado liturgista, tuvo un papel importante en la "Semana Litúrgica" celebrada en Bañolas el año 1917, donde desarrolló el tema: "Tresors que la Sagrada Litúrgia ofereix al predicador evangèlic, i necessitat d'aprofici-

tar-los". Dicha ponencia, como todas las demás de la "Semana Litúrgica", fue publicada en un volumen conmemorativo que, al cabo de casi medio siglo, continúa conservando su interés. El Dr. Carlos de Bolós, a raíz de la muerte de nuestro biografiado, escribió en *Vida Católica*: "Un día, allá por los años últimos de la segunda década de este siglo, sin previa cita, coincidimos, en Besalú, él —Mn. Piera—, los hermanos Ferramón, algún otro sacerdote y yo. A todos nos movía el mismo objetivo: oír el canto gregoriano y extasiarnos ante el despliegue litúrgico en las funciones que los monjes benedictinos, a la sazón allí residentes, celebraban. Y, estando de sobremesa, en la fonda, Mosén Piera lanzó una idea que, en seguida, fue aceptada unánimamente por los demás: Pedir al benedictino Dom Mauro una semana de lecciones de canto litúrgico para los sacerdotes diocesanos que quisieran asistir. La semilla germinó y se hizo árbol: la idea cuajó en la célebre "Semana Gregoriana de Besalú", y dio origen a la "Semana Litúrgica de Banyoles", dos efemérides famosas en la historia de la Diócesis, cuya trascendencia rebasó las fronteras de la misma y atrajo la atención y la colaboración de eminentes personalidades de fuera".

Mosén Piera cantó la bandera de la Congregación Mariana del Seminario de Gerona en una vibrante poesía. Publicó poesías en diversos periódicos de la época. Fue laureado en diversos certámenes literarios. Le encontramos premiado en los Juegos Florales de Gerona iniciados a primeros de siglo, cuyos trabajos podemos apreciar en los respectivos volúmenes conmemorativos. En la fiesta de 1906, le vemos actuar ya de secretario del certamen.

En 1919 se trasladó a Barcelona para profesor Religión y Música Sagrada en el "Institut de Cultura de la Dona", donde desarrolló una ingente tarea, por espacio de más de 15 años, y cuyo profesorado alternó simultáneamente con los cargos de Vicario en las vecinas parroquias de la capital: Cornellá y Moncada. Más tarde se le confirió un Beneficio en San Juan de Horta. Después de la revolución, en 1939, pasó a ejercer el cargo de Capellán del Noviciado de las Hermanas Hospitalarias de Santa Cruz (Granja de Horta), en cuya casa religiosa desplegó una gran actividad litúrgica y musical.

Hombre de extraordinaria cultura y de refinada sensibilidad, actuó de censor y de revisor de estilo en la "Editorial Litúrgica Española". "Gracias a él —me decía, hace poco, uno de los dirigentes de una de estas casas— muchos documentos de altas jerarquías eclesiásticas de aquella época vieron la luz pública con la necesaria corrección sintáctica."

En 1925, yo alternaba mis estudios de órgano y armonía con el ejercicio del cargo de Vicario en la parroquia de Nuestra Sra. de Montserrat, del Guinardó, de recién creación. Fui Vicario precursor o Vicario "avant l'heure", como se quiera. No había aún, oficialmente, vicario en aquella nueva parroquia. Mi buen amigo Mosén Eugenio Flori, sacerdote muy culto, hombre de letras, ecónomo de aquella nueva parroquia, y fundador de la misma, había tramitado mi oficioso nombramiento, para que, a cambio de servicios parroquiales, yo pudiera cursar mis estudios. Residía, a la sazón, dentro de los límites de la parroquia, el culto sacerdote Mosén Alfonso Ramírez Moragas, compañero de profesorado de Mosén Piera, en el "Institut de Cultura de la Dona", y de actividades publicitarias en las citadas editoriales eclesiásticas. Fue él quien vino a la rectoría a presentarme Mosén Vicente Piera. Recuerdo que iban acompañados de otro sacerdote de origen gerundense, Mosén Salvador Riera, hombre muy culto, profesor a la sazón, también, como ellos, del citado Instituto de cultura femenina, que acababa de ser el predicador de mi Primera Misa. Mi relación con estos tres cultos sacerdotes perduró hasta su muerte: Ramírez y Riera, víctimas de la revolución de 1936; Piera, fallecido el 22 de mayo de 1950.

Poco antes de su muerte, ya gravemente enfermo, le visité en el Hospital de San Pablo. Sostuvimos una larga conversación. Yo le pregunté por qué estuvo tantos años sin escribir poesía, y me respondió que, en un momento dado de su vida, se había dado cuenta de que su producción lírica era un simple eco de Maragall y Costa y Llovera. Tal vez esto no era absolutamente exacto. Pero, realmente, a veces, como en su "Himne als Joves", que podemos leer en "Garba", antología escolar, publicada por Mosén Luis G. Pla, se nos antoja seguidor de Costa, y otras veces, como en "Cant de Fe", publicado en su recordatorio equequal, le encontramos maragalliano. Pero esto no es extraño: estos dos poetas estaban en su céñit cuando Mosén Piera empezó a frecuentar el Parnaso. No obstante, estoy convencido de que él habría podido ser algo más. Hubo otra cosa —que él había reconocido en anteriores conversaciones— y es que perdió el númeren en Barcelona. Había ido allí con un poco de ilusión: frecuentar cenáculos, tratar relaciones literarias... Pero las letras "mercencarias" le absorbieron. Cuando llegaba la noche —me decía— estaba harto de letras; estaba cansado de la revisión de textos que los cajistas de las editoriales que servía estaban esperando, uno tras otro, y ya no tenía ni humor de subir hasta el Parnaso.

En su juventud, escribió el libro "Muntanyes". Por encargo de las Editoriales a cuyo servicio estaba adscrito, tradujo diversas obras del francés al castellano, entre ellas, obras voluminosas como "Deontología Médica", de Payen, y "Evangélicas", de Baudot. Dirigió, por espacio de dos años, la página religiosa del diario barcelonés "El Matí", donde, sin firmar, publicaba la homilia semanal. Un hombre de la talla del Dr. Cardó me hizo un gran elogio de ellas, diciendo: "En les homilies de Mossén Piera, sempre hi apren alguna cosa". ¡Qué lástima que hayan quedado en un rincón de hemeroteca y no haya salido quien emprendiera su publicación, como se ha hecho con las de su ilustre panegirista! Si el clero gerundense lo tomara por su cuenta honraría a un ilustre sacerdote diocesano —tan ilustre como humilde — y se honraría a sí mismo.

Ultimamente dirigía la "Revista Litúrgica", que se publicaba en Barcelona, la cual, a su muerte le dedicó unas sentidas y comprensivas páginas.